

La Tierra, el Sol y la Luna, por Diego Villarroel

La Tierra no sabía qué hacer con tanto espacio, se sentía sola y abandonada, incomprendida por los demás planetas que se ajustaban a un sistema con el que ella no simpatizaba. En ella convivían muchos más seres que en cualquier otro satélite, siendo el centro de gravedad de toda una historia estelar. Sin embargo, el Sol y la Luna despreciaban a la Tierra, aborrecían día a día el hecho de tener que completar un ciclo ajeno cuando ellos ya tenían suficiente de qué ocuparse; el sol hervía en grados de desinterés y la luna se hundía en cráteres de fingir que todo estaba bien. Cuando más parecían necesitarse, más lejos estaban; había entre ellos una brecha cósmica de millones de años, y no era vacío, porque estaba llena de impredecibles polvos que formaban nuevos territorios.

Aleatoriamente, la Tierra decidió romper con la monotonía y ser bisiesta por el resto de su vida. La Luna no entendía sus cambios, mucho menos el porqué, luego de tanto, había decidido acortar el tiempo tras cargar con el peso de años. El Sol, como de costumbre, reaccionó impulsivamente, liberando gases nocivos en contra de la atmósfera terrestre. La Tierra sentía la carga abrasiva de la compañía, pero pasaba por alto la indiferencia y el enojo, y rescataba el hecho de que a pesar de lo muy diferentes que eran, seguían con ella. Podían discutir incansablemente luz a luz, pero jamás se abandonaban.

Las estrellas, deslumbradas con el comportamiento de los planetas, pasaron el mensaje a través del mar de éter que fluía en el espacio. Los demás cuerpos celestes desconocían el exterior de su biósfera, estaban rodeados por cinturones y campos de asteroides; asombrados con la noticia, oscilaron a velocidades nunca antes vistas para encontrar a esos de los que tanto hablaban: la Tierra, el Sol y la Luna. Se olvidaron de que en algún momento componían una compleja vía láctea. Conmovidos por la emoción, chocaron súbitamente unos con otros en un trayecto incierto; no esperaban alcanzar latitudes imprecisas, fue como navegar a ciegas dentro de una inmensa niebla. El trágico hecho pasó desapercibido para el trío más llamativo del cosmos, en la lejanía de lo desconocido. La tierra seguía bohemia, el sol vivía volátil y la luna gozaba de la comodidad de los grises.

Así, paralelas e invisibles, dos partículas veían cómo colisionaban unos con otros. Para algunos siempre fue muy simple, pero ansiaban vivir experiencias inolvidables; para otros no había acuerdo posible, menos se soportaban. Y, aunque no se lo preguntaban, nadie necesitaba nada. Eran astros perfectos creados en un instante, abarrotados de aparentes conflictos. Ojalá hubiesen entendido su existencia desde un principio; qué extraño es el mundo en el que vivimos.

“La gente tiende a evaluarse comparándose con otras personas, no usando estándares absolutos.

- Leon Festinger”